

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos.—Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo.—Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscritores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan, hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

Enriqueta.

(Continuacion.)

CAPITULO XVI.

El hospital de los capuchinos.

¡Fuego! ¡y qué atento sois, Señor!

SHAKESPEARE.

Eso es.

H. LAFOND.

Pero en vano procuraba yo distraerme; todos estos episodios de mi estudio favorito no hacian sino hundirme cada dia mas en él, y cada dia me sentia mas poseido de no sé qué deseo espantoso de luchar con el horror hasta el extremo, de saber al fin si podria vencerle ó si quedaria vencido por él: ahora bien, para mí el horror no existia sino donde estaba Enriqueta. Aquella naturaleza tan vacía y tan falsa, aquel abismo de egoismo y de debilidad, aquel ser que nada tenia de la criatura moral, aquel indefinible viviente al cual me habia yo apegado, y á quien por la pista seguia en el sendero del vicio, volví á encontrarle otra vez una mañana. ¿Os diré donde? ¿me atreveré á decíroslo? Sin embargo es forzoso; en el mundo tal como le hemos hecho, semejante sitio es un lugar tan fatal, tan necesario y casi lo he dicho ya, tan inevitable como la Morga. Una muger entra en él con corona de flores y vestido de gasa, y sale de él con frecuencia vestida de gasa y coronada de flores; pero el espacio estrecho en que se la encierra, el aire que se respira, las fétidas torturas que la aguardan, la afrenta de la miseria, todo hace de aquel lugar formidable como una primera condenacion poco menos terrible que la que aguarda el crimen despues de la muerte.

Al extremo de la calle de Santiago, se encuentra un antiguo monasterio, triste, y aislado, asaz parecido á los hospitales de leprosos del siglo once, que á su lado izquierdo tiene una súa é infecta fábrica de velas de sebo, y á cuyo ángulo derecho una pobre revendedora de manzanas ha hecho una cabaña de madera que ve pasearse constantemente á su puerta á una cabra grande, flaca y huesosa. Entrais en el edificio, y no hallais una mirada de benevolencia ó de piedad en los guardianes ni compasion en el médico, ni confianza en los enfermos; allí solo se ven las costumbres, solo se vé el espanto, solo se vé el egoismo de una ciudad devastada por la peste, solo se vé lo que hay de mas malo en el mundo, la verguenza en el enfermo y los agudos dolores que no osa confesar. Dentro de aquellas

paredes reinan el terror, el hambre las pasiones voraces, una inquietud que crece á cada momento, un mal que toma todas las formas, que usurpa todos los puestos, la repugnancia asquerosa y el horror; el aire está impregnado de todo ello, el agua que corre al lado está por lo mismo mas cenagosa que en otras calles. En aquel recinto ví jóvenes pálidos, lívidos, cetrinos, imbéciles, privados de su razon naciente, víctimas insípidas de insípida pasion; á su lado padres de familia cubiertos de luto por sus mugeres y sus hijas; mas lejos ancianos á quienes el arte conservaba, precisamente como otros tantos fenómenos curiosos; este aspecto me causó horror. Ya iba á salir, cuando me dijeron que tambien habia mugeres, y quise verlo todo.

Subí á su departamento, y en la escalera tropecé con nodrizas inficionadas por sus hijos de leche, á quienes daban aun su ajado pecho con una mirada mas compasiva que cólerica; junto á ellas unas pobres muchachas campesinas ocultaban la cabeza en sus delantales de lana burda, llorando y no comprendiendo cosa alguna de su enfermedad ni de la sonrisa mofadora con que eran recibidas; y á la puerta de la caberna una jóven, sola, víctima de su marido, inmóvil como una estatua de Niove, estaba aguardando un lecho al lado de cualquiera prostituta. Yo entré en la sala que es inmensa; en ella reian á carcajadas y jugaban á mil juegos; unas se embellecian con un velo de lana, otras se ataviaban con un peinador; las mas jóvenes, medio desnudas, disputaban sobre cual era la mas jóven, y otras profesarian juramentos espantosos ó cantaban con una voz ronca alguna cancion de borrachera, ó de disolucion. ¡Tan feos y pálidos como estaban los hombres, estaban frescas y blancas la mayor parte de las mugeres! Mugeres desventuradas! harto bellas para serlo todavia allí! harto indiferentes sobre su suerte para cantar todavia allí! harto fuertes para reirse de aquellas torturas! cuánta felicidad desperdiciada! cuántas ilusiones perdidas! Pero de repente la sala quedó en el mayor silencio, y poniéndose en orden, todas desfilaron para presentarse á donde el médico las aguardaba; en el lecho de miseria.

El lecho de miseria ocupa una sala baja pequeña, alumbrada por una sola ventana que cae encima de un albañal, sus paredes son blanquecinas, y se ven estravagantemente adornadas con figuras obscenas debidas á la ociosidad de las pacientes. Hay sobre la cama un simple jergon cubierto con un lienzo negro; al lado, instrumentos cortantes, y un brasero lleno de fuego; al rededor, antiguas moradoras del edificio, que por sus servicios han merecido asistir al espectáculo; y en el único asiento de la sala el cirujano que habla de cómicas y de periódicos con sus discípulos. En medio de ellos me hallaba yo, y me complacia en mirar por la puerta entreabierta todas aquellas mugeres cubiertas con un peinador que aguardaban el turno respectivo, con tanta impaciencia como si se hubiese tratado de una entrada de la ópera. Habia entre todas ellas cabezas encantadoras, cabezas de niñas, delicadas y decentes, con los labios en-

treabierlos y una ligera sonrisa; cabezas hermosas con cejas arqueadas, con mirada espresiva, con cabellos negros; era aquello una mezcla confusa y variada de bellezas diversas, un verdadero serrallo, que despertado durante la noche por el sultan, llega con los pies desnudos hasta la puerta de su retrete aguardando en un respetuoso silencio sus órdenes y su pañuelo.

Oyóse una voz... un nombre! y del centro de la turba que se apartaba á su paso, la ví llegar con la cabeza erguida, la mirada altanera, y siempre hermosa... echóse sobre el lecho de miseria con tanto desembarazo como sobre la pradera de Vanvres, aguardando la accion del cirujano: el silencio era grande, el hombre estaba armado de tijeras encorvadas, cortaba en carne viva, y solo se oia el ruido sonoro del instrumento; mas cuando la jóven vencida por el dolor, hacia un movimiento ó lanzaba un gemido, respondíanle con gritos de cólera ó de menosprecio. Yo, dividido entre el horror y la piedad, entre el amor y la repugnancia, observaba aquella infeliz, y contemplaba con admiracion su valor, su blancura, su mano delicada y suave, su garganta ligera y graciosa, toda su hermosura reducida á la nada misma: y decia entre mí, que ella podia haber hecho la ventura de un rey y habia descendido al último escalon de la humanidad degradada! Cuando el cirujano hubo acabado con el hierro, empleó el fuego, quemando despiadadamente, y mirando por intervalos su obra con la complacencia de un pintor jóven que acaba un paisaje. Despues con una voz dura gritó: ¡deja el puesto para otra, y que no te vuelva yo á ver aquí! Levantóse ella pálida y atormentada por el dolor, y otra enferma la habia ya reemplazado, sin haber reparado yo todavía que ella hubiese desaparecido.

CAPITULO XVII.

La Duelta.

¡De veras!

Al fin salí de aquel sitio fatal: llegado á la puerta, volví á subir en mi carruaje, cabriolé de campesino asaz feo, pero ancho y cómodo, y el cochero aguardaba ya la orden de partir, cuando de improviso, hácia la mitad de la calle de la Salud, junto á una esquina y á orillas del lodazal que perpetuamente la cubre, ví un grupo blanco y yerto que parecia estar aguardando el medio de escapar de tan penosa situacion. Al momento tomé mi partido: — Dame tu carrik y tu sombrero, y sube á la zaga, dije al cochero, y embanastándome en el carrik galoneado, y calándome el ancho sombrero hasta los ojos, me dirigí como un verdadero cochero de alquiler hacia aquellas dos mugeres.

Era una de ellas Enriqueta, y la otra aquella muger jóven cuya decencia y cuyo dolor me habian interesado; curadas ambas á un mismo tiempo, ambas habian sido echadas á la calle, medio desnudas, muertas de frio, la una sin tener asilo, y la otra sin saber como volver al suyo.

Bajé del carruaje y les dije: — ¿Quereis subir señoras? — Apenas hube hablado, cogió un asiento Enriqueta sin hacerse mas de rogar.

— No me atrevo, caballero, me respondió la otra; mi marido vive muy lejos, y dudo que os pague. — Al mismo tiempo se cubria cuanto le era posible con un chal negro, pieza única que no habia dado á sus compañeras de infortunio, y se sentó en el guardacanton, cubiertos los pies con unas babuchas viejas que por todas partes dejaban entrar el agua.

— Subid sin embargo, señora, repliqué yo con el látigo en la mano, ya pagareis cuando querais. — Y me senté en medio de ambas en el carruaje. En aquel instante salia igualmente del hospital una turba de mugeres, la mayor parte de las cuales era recibida con trasportes de júbilo por hombres de rostros equívocos; la taberna vecina resonaba con los gritos de alegría, los coches de alquiler se llenaban de parroquianos, y entre la turba algunas viejas con aire innoble se apresuraban á posesionarse nuevamente de sus pobres muchachas.

— ¿Adonde vamos, señora? pregunté dirigiéndome á la jóven desconocida.

Tan turbada estaba que apenas me oia; vivia cerca de

la Bastilla, y á medida que nos acercáramos, cada nueva calle la ponía mas triste, lo cual observado por mí, la dije llevando el caballo al paso: — ¿Qué tenéis pobre señora? y porqué tembláis de esa manera? — Ah! me respondió como vá á recibirme mi marido? ¿cómo me perdonará todo el mal que me ha hecho? — Y vi su rostro pálido y lívido con las señales del padecimiento, del dolor y del hambre. — Tened ánimo, la repliqué pasando por debajo del arco de la Municipalidad. — Animo! bien le he necesitado desde que ecsisto! desventurada! un año de tortura y de prision por un mes de matrimonio! — El carruaje caminaba, y llegamos á la puerta; yo paré el caballo, pero la jóven no hablaba una palabra, y aguardando que lo hiciese, la dejé serenarse en lo posible. En cuanto á Enriqueta, sintiéndose traspasada de frio, habia metido la cabeza debajo del último cuello de mi carrik, y habia puesto sus dos manos sobre mis rodillas, quebrantada de cansancio y dolor.

Por último dije á la otra jóven: — ¿Quereis que os acompañe hasta dejaros con vuestro marido? — Ella me dirigió una mirada lánguida, pero llena de reconocimiento, y entonces alcé con tiento la cabeza de Enriqueta, la coloqué cuidadosamente y abrí la portezuela: el aire dió en la cara de la infeliz que se habia dormido, el frio la sobrecogió: ella abrió los ojos, y pronunció algunas palabras y un lamento vago y sin sentido; y la jóven que ya pisaba el umbral de su puerta, sin decir nada, se quitó el chal negro que cubria sus hombros, y con él cubrió yo los de Enriqueta que luchaba aun con el sueño, mientras que mi cochero tenia el caballo de la brida.

La desventurada muger subió colgada de mi brazo la escalera de la casa, la cual estaba tranquila, limpia, fria y tan arreglada como casa de usurero; detuvimos en el segundo piso, llamamos, y una voz respondió: — adentro. — Yo abrí la puerta, la muger estaba pálida como la muerte, yo entré el primero, y fuimos recibidos por un hombre rodeado de cartones verdes y de papeles; acogió á su muger como si la hubiese visto la víspera, sin una palabra de cariño; sin una sonrisa, con un beso que me dió miedo porque el hombre tenia los ojos encarnados, se le veía caérsele el pelo, y su rostro se hallaba cubierto de estendidas póstulas. — Ah! infeliz muger! esclamé acercándome á ella ¿qué venís á hacer aquí? ¿qué fatalidad os conduce de nuevo á vuestra perdicion? aquí...! mejor estariáis en el lugar de donde acabais de salir. — El marido se sonreía con aire burlon y continuaba recorriendo sus papeles.

La muger se puso á llorar, en seguida me miró, y parecia decirme: — Conozco mi suerte; dentro de un año volved á recogerme al mismo sitio!

Salí de la habitacion y bajé la escalera con un temblor convulsivo; mi cabeza tropezó con una cosa; era la cabeza de mi caballo.

CAPITULO XVIII.

La casa de Julia.

¡Valor!

CATON.

¿Adonde quereis ir? pregunté á mi otra parroquiana, luego que hube vuelto un poco de mi emocion.

Enriqueta no respondió nada y me miró atónita, como si no hubiese pensado en que debia ir á alguna parte. La infeliz en efecto no tenia ya asilo; en otro tiempo, antes de entrar en el hospital, tenia una casa deliciosa, un retrete dorado, todas las comodidades del lujo y disfrutaba de los lentos paseos del mediodia por el centro de la calle de las ricas tiendas: de esos paseos tan queridos de una muger linda, en los cuales deteniéndose de almacen en almacen, y recogiendo los murmullos aduladores de las modistas jóvenes que trabajan en ellos, elige un objeto entre mil, se prueba un sombrero, luego otro, añade ó quita una flor, compone su tocado con una simple gasa ó con un bordado rico, y despues de cuatro horas de este trabajo, carga de cajas á su criado, y sube á su carruaje de nuevo para ataviarse á la noche con tan brillantes frivolidades.

Pero ella habia sido ignominiosamente lanzada de aquel asilo: otra hollaba ahora aquellas suntuosas alfombras,

aquella magnífica cama y aquella misteriosa otomana; otra y no ella, en medio de veinte convidados, presidía á aquella mesa tan delicada y tan bien servida; para otra eran aquellos muebles preciosos, aquellas pinturas, aquellos diamantes deslumbradores, aquellos lacayos sumisos, aquellos caballos retozones y aquellas armas mentirosas pintadas á los lados del carruaje. Ahora ¿adonde irá? ¿qué casa la querrá recibir, tan pobre, tan docil, tan mal vestida? y revolvía ella en su memoria los sucesos de toda su vida para saber á donde iría; yo aguardaba pacientemente, interesándome aquel combate de un género nuevo, y congratulándome porque iba á saber á donde podía dirigirse una muchacha que salía de la calle de Santiago.

Entre tanto procuraba ella recordar los jóvenes que otro tiempo la rodeaban haciendo protestas y rindiendo homenajes, pero ninguno de estos homenajes le pareció bastante sincero para atreverse á confiar en él, hallándose en semejante pobreza; habia tenido muchas amigas, pero á ninguna habia amado, y por otra parte en los lances tan multiplicados de miseria y de infamia que persiguen á una muger, quizá todas ellas habian caído igualmente á la misma profundidad; despues se esforzaba por traer á la memoria ciertos consejos que le habian dado en el hospital, una protectora á la cual la habian dirigido misteriosamente, y un asilo que le habian recomendado con calor; pero á pesar de su afán no recordó mas que el nombre sin las señas, tan falta de precaucion era aquella criatura, y tanto contaba con su buena estrella.

Oido el nombre, me dirigí por el paseo, sin saber de que lado echar, y naturalmente me encaminé hácia el barrio mas rico y mas corrompido; pero por fortuna en medio del camino me encontré con algunos militares, arrogantes mozos de la guardia, que llevaban del brazo á unas muchachas de tres pies de estatura y de caras horribles; y que iban tan orgullosos como si hubiesen acompañado á unas princesas. Señores, grité á los soldados, ¿tendréis la bondad de decirme donde vive la señorita Julia S***? La pregunta los dejó parados, pues, si bien mas dichosos que yo conocian el nombre y habian oido con frecuencia hablar de él, como se habla entre los verdaderos creyentes del paraíso de Mahoma, érales sin embargo imposible indicarme las señas de la casa que buscaba; las muchachas colgadas de los brazos militares, y muy fastidiadas por no saber mas que ellos, me miraban sin moverse; hasta que al fin un cabo, retorciéndose el bigote me dijo:—Si Agueda no sabe daros esas señas, será preciso que vayais á pedirselas á mi teniente, que puede ir á la casa con los ojos cerrados. En esto Agueda, que se habia quedado atras, llegó lenta y magestuosamente, como una muger de tono que se reúne con gente de menos valer, que tiene un sombrero, guantes y un manto de cachemira: yo la saludé profundamente.—¿Podriais indicarme la casa de Julia S***, señorita, si, como asegura el cabo, la conoceis?—Si conozco á Julia! respondió la señorita Agueda; me hallo gracias á la suerte, á bastante altura para conocerlo, y si yo quisiese, la conoceria mas aun. En seguida enderezó orgullosamente la cabeza y el cuerpo. Asi pues, señorita ¿Tendréis la bondad de darme las señas?—¿Por quien me tenéis? replicó la señorita Agueda, echando fuego por los ojos.—Vamos, vamos, Agueda, sé amable, dijo el cabo, no te hagas de rogar para servir á un joven; qué diablo, justo es que le pruebes que conocemos la buena sociedad, y algo de elevado, y no solamente chicleas de poco fuste que no han salido del arrabal paterno.—Las pobres muchachas se mordieron los labios, la señorita Agueda arregló una graciosa sonrisa, y señalando con su índice, me dijo:—seguid todo derecho, al extremo de la alameda volved á la derecha hasta el Palacio Real, y en la tercera calle á la izquierda encontrareis la puerta de Julia. Al oír este itinerario, el cabo estaba orgulloso de tener tal compañera, los soldados estaban orgullosos de tener tal cabo, y yo mismo estaba orgulloso de haber encontrado á la primera investigación las señas de un establecimiento que ciertamente no estaban en la *Guía de forasteros*; ¡he ahí como cada cual entiende la gloria á su manera!

Mientras guiaba mi caballo, examinaba yo á Enriqueta, procurando penetrar la razon de su inmovilidad y de su confianza, y sin embargo era claro que iba á representar un gran papel, y que tenia el pié levantado para descender

completamente de una vez al abismo del vicio; en mi sentir, el socorro que ella buscaba era horrible, aunque al verla parecia que llenaba un deber fácil de cumplir: y yo, que por la fuerza de las cosas la conducía por aquel camino fatal, yo, instrumento ciego de que ella se servía para cumplir su destino, yo, que la habia visto tan inocente y tan libre, me estremecía al pensar que iba á ser testigo de su última resolución. Cuando llegamos á la casa de Julia, al momento conocí la casa por el sosiego que la rodeaba, por su puerta entreabierta, por las miradas curiosas de los que pasaban, y por sus vidrios rotos.

Entramos en la casa, subimos su escalera sombría y sucia, y una vieja vestida de luto, no se por quien, nos recibió y nos introdujo en una vasta sala; aunque era en medio del día, la habitación estaba alumbrada por un quinqué, cuyo dudoso reflejo luchaba triste y lánguidamente con un rayo de sol de otoño, pálido y lluyoso, que penetraba por un agujero abierto en lo alto de la ventana. En esta casa quedó Enriqueta instalada por de pronto.

CAPITULO XIX.

Silvio.

Llámame tu hermano.

S. ODENT, traducción inédita de Schiller.

Tengo amistad íntima con un joven llamado Silvio, amable y franco, de una naturaleza hermosa, fuerte, decente, esbelta y apasionada por una composición dramática.

Para Silvio una muger era todo, mirábalas como seres de una naturaleza superior y respiraba apenas en su presencia; pero su admiración muda, sus homenajes silenciosos no habian sido felices para él: joven y hermoso, rico y valiente, con un gran nombre que él realizaba mas todavía, jamás habia podido conseguir cosa alguna por no haberse puesto en evidencia, porque en general las mugeres, demasiado ocupadas en sí misma, absortas completamente en su propia contemplación, no adivinan á un hombre, y gracias si le comprenden; pues para ello necesita él darse ruidosamente á luz, hacerse un comentario para su uso, y ataviarse espresamente, si quiere atraer una ojeada. Pero esto es lo que el joven Silvio no osaba hacer, y en vano habia yo intentado que volviese de su eesaltación, pues no creía una palabra de mis consejos; además, no sé como habia adivinado que yo estaba enamorado, pero lo sabía, se burlaba de mí con frecuencia por mi pasión misteriosa, contaba todos mis suspiros, esplicaba mis palabras entrecortadas, mis distracciones intermitentes, mis grandes carcajadas; y me lanzaba una mirada de compasión que mas de una vez me hacia estremecer imaginándome que poseía él todo mi secreto.

Al día siguiente de mi fatal aventura me hallaba sumergido en tristes y vagas reflexiones, cuando entró Silvio en mi habitación, acompañado del buen humor, que aun en lo mas fuerte de sus pasiones no le abandonaba jamás. Habíase figurado en un bayle de la víspera que una muger le habia apretado la mano, y estaba envanecido por ello, y venia á contarme su buena suerte.

—¡Adelantado estás por cierto! le dije suspirando.

—¡Adelantado! me imagino que serias feliz si te hallases tú otro tanto!

—Te aseguro, pobre Silvio, que en ese punto me hallo mas adelantado que quisiera, y que tú mismo brincarías de contento, si supieses cuanto lo estás tú tambien sin pensarlo.

Silvio me miró abriendo extraordinariamente los ojos, y su joven y bulliciosa imaginación se puso á componer una novela de amor bien complicada sobre una palabra suelta. Entre tanto yo estaba jugando con mi bolsa, una bolsa verde y muy sencilla harto preciosa para mí, y maquinalmente la vacié sobre el mármol de mi tocador, entreteniéndome en separar el oro de la plata, y entre la plata las monedas grandes de las pequeñas; Silvio continuaba distraído y yo le saqué repentinamente de su distracción.

—¿Sabes donde voy á llevarte, Silvio? esclamé recogiendo mi dinero para colocarle de nuevo en mi bolsa.

—Silvio no respondió.

El Calabozo.

Llanto y rechinamiento de dientes.

(EVANGELIO.)

Luego que hube oído la sentencia, pensé entre mí que había finalmente hallado la solución del problema que buscaba; con un poco de valor todavía el horror llegaría á su colmo. Resolví endurecerme contra el fin del drama, y asistir á la espriación de aquella vida tan desdichadamente empleada: la víctima no interesaba ya en el mundo á nadie más que á mí, quise, pues, volverla á ver, y Silvio, gracias á sus relaciones con el comisario, me introdujo en aquella vasta cárcel cuyas moradoras están condenadas á galeras, verdadero suplicio bastardo tan horrible como la tortura de los presidios de Brest y de Toulon, aunque menos en evidencia que estos. Allí oí gemidos y gritos de alegría, blasfemias y oraciones, y ví rabia y lágrimas; pero todos estos hechos generales me interesaban poco por entonces; no buscaba sino una muger, una sola; me importaba descubrir su calabozo, y le descubrí: era profundamente subterráneo, y estaba en el ángulo de un patio solitario; á la boca del respiradero, un banco carcomido y cubierto de espeso musgo parecido á un hermoso tapiz verde me permitía sentarme y mirar sin ser visto, en lo interior del calabozo. Conozco aquel banco como conozco la casa paterna, y podría describirle al cabo de mil años: el tiempo y la intemperie lo habían medio destruido; á la estremidad que daba sobre el respiradero tenia una ancha abertura en medio de la cual podía acomodarse mi cabeza, sin hacer sombra en el calabozo y sin miedo de ser visto. Sobre este banco pasaba yo echado días enteros; el patio, rodeado de gruesas paredes, había venido á ser una posesión mía; á fuerza de protecciones me veía hecho casi un calabocero su perrunero, y podía estudiar á mi sabor diariamente los menores movimientos de mi cautiva.

Este estudio era doloroso, ¡aquellas paredes húmedas, aquella luz incierta, aquella paja á trozos, y sobre aquella paja una jóven sin otra esperanza que la imposible anulación de la sentencia por el tribunal supremo! ¿Cómo hubiera podido yo conservar mi cólera á vista de un cuadro tan lamentable?

(Se continuará.)

INSENSIBILIDAD.

Mi ser de mármol volviöse
Ya no rio ni lamento,
Ni el descanso ni el tormento
Moran en mi corazón.
Ni el deseo me atosiga,
Ni el fastidio me atormenta,
Ni el porvenir me amedenta,
Ni me inspira la ilusión.

Corazon, corazon, dime
¿Do fué el tiempo que sentias?
Entonces mucho sufrias
Mas ¡ay! gozabas tambien.
¿No eres tu que palpitas
Al divisar un semblante
Y con ilusión amante
Disfrutabas del Edén?

Ni el cariño me entenece,
Ni la crueldad me horroriza,
Ni en alas de fresca brisa
Puede mi canto volar.
Ni anelo númen, ni gloria,
Ni hermosura ni talento,
Ni elevar mi pensamiento,
Ni dulce lira pulsar.

Y eres ora cual doliente
Que el tormento ha enloquecido,
Y frio está su sentido
Sin gozar ni padecer.
O como sensible planta
Que ha petrificado el hielo,
Y aunque rayos lance el cielo
No la pueden conmover.

Silva el noto... no me asusta.
Luce el rayo... no me espanta.
Ni oigo el ruiseñor si canta
Ni el huracan si bramó,
Ni el placer se vé en mi frente
Ni una lágrima en mis ojos,
Ni es volcánica mi mente
Porque un hielo la cinió.

Una esperanza traidora
Tu fantasia alagaba,
Mas ay! triste, te engañaba
Y marchitó su vigor.
Huyeron de ti los gozes
Huyó la felicidad,
Ay! tu insensibilidad
Es lo sumo del dolor.

Agosto 1845. VICTORIA PEÑA.

Imp. de P. J. UMBERT.

—Pues vamos á ver á una muger, la criatura mas encantadora, y tan bella que ni aun en sueños has podido creártela tu mismo: una jóven pura y fresca que ví hace menos de un año corriendo al sol en la llanura de Vanvres, sin pensar mas que en su sombrero de paja

Escitáronse así sus deseos de conocerla y dirigímonos á su morada que no fué nunca de mi gusto. Al acercarnos yo le dije—es imposible dejarla en esta casa: es preciso arrancarla de ella á toda costa para impedir que se pervierta.

Llegamos al principio de la calle, y ya distinguíamos la casa, cuando percibimos á su puerta una turba ávida de curiosidad, y que crecía por momentos, un piquete de soldados y un comisario de policia con su faja; Silvio le conocía, y nos permitió penetrar con él en aquel sitio: Todo estaba en el mayor desorden: tratabase de un asesinato cometido durante la noche; contábanse ya acerca de él pormenores horribles, todo el mundo se estremecía, y repetía el nombre de la culpable. Subí á su cuarto con el comisario, y solo vimos vestidos por tierra, pañuelos agujereados, zapatos viejos, y por añadidura detras de las cortinas de la cama un cadáver. Ella estaba sentada en un rincon, recogiendo lo que iba á llevarse á la cárcel, prendas viejas bordadas, rizos, postizos, y otros ingredientes de un tocador de la última clase. En esto llegó un agente de policia, alargó ella sus manos á las esposas, y cuando todo estuvo listo, atravesó por entre la gente, subió á un coche de alquiler, y desapareció lentamente en medio de los sibidos y de la indignación pública.

CAPITULO XX.

Sentencia.

Condenado á la pena de muerte.

(CÓDIGO PENAL, ART. 304.)

En la plaza de Greva, do justicia es cumplida
Será decapitada
Sobre el cadalso á tal objeto alzado
En la forma debida.

(LA MARISCALA DE ANCRE, acto V. traduc. lib.)

Tanto mayor era mi gozo, cuanto que desde aquel dia Enriqueta era mía, mía hasta que perteneciese al verdugo. De todos los que la habían adorado no le quedaba ninguno sino yo.

Su crimen estaba probado, y ella lo confesaba: un momento de venganza la había perdido. Al ver la causa primera de sus excesos, á aquel que la había arrebatado del campo, al que la había abandonado despues arrojándola ya corrompida en el fondo de un hospital, presentarse indiferente, en busca de un amor fácil, ella no había podido contenerse, y le había matado; le había matado, al recordar de repente tantas afrentas, al sentirse alumbrada no sé por qué horrible luz que la había dejado ver su destino en toda su desnudez, al palpar en fin que se ligaban con aquel hombre sus últimos y amargos recuerdos de inocencia; le había matado mientras estaba dormido, de un solo golpe, como por inspiracion, despues de lo cual había ella vuelto á dormirse, porque su cólera solo ecistia por intervalos, y sus pasiones eran un relámpago: todo en ella estaba muerto, corazon, alma, imaginacion, virtud, pasion. Sin embargo nadie lo hubiera creido; era preciso haberla estudiado como yo para conocerla. Su voz era dulce, su aire decente; y á su espalda la pena de muerte, el cadalso, el ruido del hacha al caer, todo esto la protegía con cierta influencia elocuente que la hubiera salvado, ¿pero cómo se hubiera nadie atrevido á interesarse por ella? Todo lo que pudieron hacer de mas humano fué tardar seis horas en deliberar antes de condenarla á muerte (1).

(1) En la época á que se refiere el autor, no se había adoptado todavía por las leyes francesas la teoria de las circunstancias atenuantes, cuya admision, una vez declarada hoy por el jurado, impide la aplicacion de la pena de muerte á criminales que de otro modo hubieran infaliblemente de sufrirla.